

Así me prueban su parentesco conmigo, y como tal los acepto,

Me traen testimonios de lo que soy, me demuestran claramente que poseen los más altos valores.

Al anoecer, subo al trinquete, renuevo la guardia que vela en el nido del cuervo.

Navegamos por el mar ártico, hay luz suficiente para orientarnos,

A través de la atmósfera traslúcida mi vista abarca la prodigiosa belleza que me rodea,

Pasan ante mis ojos enormes moles de hielo, el paisaje es visible en todas las direcciones,

En la lejanía se destacan las cumbres blanquísimas de las montañas; hacia ellas peregrinan los caprichos de mi imaginación,

Nos acercamos á un gran campo de batalla en el cual pronto tendremos que combatir,

Pasamos ante las colosales vanguardias del ejército, pasamos prudentemente en silencio;

O bien, avanzamos por las avenidas de alguna gran ciudad en ruinas,

Los bloques de piedra y los derruidos monumentos sobrepujan todas las capitales vivientes de la tierra.

Soy un libre enamorado, acampo junto á la hoguera que alegra el vivac del conquistador,

Arrojo del lecho al marido y ocupo su puesto al lado de la esposa.

Toda la noche la oprimo ardientemente entre mis muslos y mis labios.

Comprendo el vasto corazón de los héroes,
El coraje moderno y los corajes pretéritos,

El desdén y la calma de los mártires,
La madre de antaño condenada por bruja y quemada sobre haces de leña seca, á la vista de sus hijos,

El esclavo, perseguido como una presa, que cae en mitad de su fuga, todo tembloroso y sudando sangre,

Las municiones asesinas que le asaetan como agujas las piernas y el cuello,

Todo eso lo siento y lo sufro como él.

Cambio de agonías como de vestimentas.

No pregunto al herido qué es lo que siente, yo mismo me convierto en el herido,

Sus llagas se ponen lívidas en mi cuerpo, mientras lo observo apoyado en mi bastón.

Soy el bombero con el pecho hundido bajo los escombros,
Los muros al derrumbarse me han cubierto por completo,
Respiro humo y fuego, oigo los angustiosos rugidos de mis camaradas,

Oigo el chocar lejano de sus picas y de sus palas,

Ya llegan hasta mi encierro, y me levantan suavemente.

Estoy extendido en el suelo con mi camisa roja, todos callan á mi alrededor,

No sufro ni me desespero á pesar de mi agotamiento,

Bellas y blancas son las personas que me rodean, con sus cabezas libres del casco,

El grupo arrodillado se desvanece con la luz de las antorchas.

Ahora narraré el asesinato de cuatrocientos doce jóvenes guerreros asesinados alevosamente.

Copados por fuerzas enemigas nueve veces mayores que las suyas, formaron un cuadrado, emparapetándose detrás de sus bagajes;

Ya habían muerto á más de novecientos enemigos,

Cuando cayó su coronel y quedaron sin municiones;

Entonces parlamentaron, obteniendo una capitulación digna, firmada por los jefes respectivos,

En seguida entregaron sus armas y siguieron á sus vencedores como prisioneros de guerra.

Eran la flor de la raza, la gloria de los montaraces de Texas,

Eran incomparables para cabalgar potros, para lizar, cantar, divertirse, cortejar las jóvenes,

Bellos, turbulentos, amables, generosos, altivos,
Barbudos, asoleados, vestidos con el típico traje de los
cazadores,
Ninguno de ellos tenía más de treinta años.

En la mañana del segundo domingo, á principios de un
admirable verano, fueron conducidos por destacamentos y ase-
sinados en masa.

Ninguno obedeció á la orden de ponerse de rodillas,
Unos hicieron un esfuerzo desesperado y furioso, otros se
mantuvieron firmes, inmóviles;
Algunos cayeron á la primera descarga, heridos en las
sienes ó en el corazón; vivos y muertos yacían juntos,
Los mutilados se escondían en el barro y los compañeros
que iban llegando los percibían extendidos allí,
Unos pocos medio muertos trataban de huir rampando,
Estos fueron ultimados á bayoneta limpia ó á culatazos;
Un valiente que no tenía diez y siete años cogió á su ase-
sino y tuvieron que acudir dos más para arrancarlo de sus
manos.

Los tres quedaron con sus ropas en jirones, empapados
con la sangre del niño.

A las once comenzaron á quemar los cuerpos:
Tal era la historia del asesinato de cuatrocientos doce jó-
venes.

¿Quién es ese salvaje desbordante y cordial?
¿Es de los que están á la espera de la civilización, ó habiéndola
sobrepujado la dominan?

¿Es nativo del Sudoeste, es uno de aquellos cuya infancia
transcurrió al aire libre? ¿Es un canadiense?
¿Viene de la región del Mississipi? ¿Del Yowa, del Oregón,
ó de la California?
¿De las montañas, de las praderas, de los bosques?
¿Es un marino que ha recorrido los mares?

Vaya donde vaya, hombres y mujeres lo acogen con sim-
patía,
Desean que los ame, los toque, les hable, y viva con ellos.

Su conducta es tan arbitraria como la de los copos de nieve,
sus palabras tan sencillas como las hierbas, su cabellera, sin
peinar, rey de la risa y de la sinceridad,

Su lento andar, sus rasgos ordinarios, sus maneras ordi-
narias lo propio que sus emanaciones;

Estas emergen del extremo de sus dedos en formas nuevas,
Flotan en el aire que le rodea, con el olor de su cuerpo y
de su aliento, y también irradian de sus miradas.

¿Queréis que os describa un combate naval de los pasados
tiempos?

¿Queréis saber quién quedó victorioso á la luz de la luna y
de las estrellas?

Oíd la historia tal como me fuera narrada por el padre de
mi abuela.

No eran cobardes, no, los tripulantes de la fragata enemi-
ga (me decía)

Su obstinado y aguerrido coraje era el de los ingleses
(No existe coraje más rudo ni más firme, nunca ha existido
ni existirá coraje mayor);

Era el anochecer cuando el buque enemigo nos saludó con
el primer cañonazo.

Nos abordamos en seguida, las vergas de los buques se
entrecruzaron, los cañones llegaron á tocarse,

Mi capitán tomó parte en la lucha como el más audaz de
sus subalternos.

Los cañonazos del enemigo nos abrieron varias vías por
debajo de la línea de flotación,

Dos cañones del primer puente de nuestra fragata esta-
llaron al romper el fuego, matando á los que se hallaban á su
alrededor.

Así continuó el combate durante el crepúsculo y luego en
las tinieblas,

A las diez de la noche, bajo el plenilunio, nuestras vías de agua iban en aumento (ya teníamos más de cinco pies),
El capitán de armas hizo subir á los prisioneros encerrados en la cala de popa, para que se salvaran según pudieran.

Ahora los que circulan por los pasadizos, cerca de la Santa Bárbara, son detenidos por los centinelas;
Estos, al ver tantas caras extrañas, ya no saben de quién fiarse.

Nuestra fragata arde por varios sitios,
El enemigo nos grita: ¿Os entregáis?
¿Arriáis la bandera?

Suelto la risa al oír la voz de mi capitán que contesta á toda voz: ¡No! *¡No la arriamos!*
¡Ahora comenzaremos nosotros!

No nos quedan más que tres cañones:
Con uno, nuestro capitán apunta al palo mayor de la fragata enemiga,
Los otros dos, cargados de metralla, barren los puentes, y hacen callar su mosquetería.
Desde las cofas, algunos tiradores secundan el fuego de nuestra pequeña batería,
Su tiroteo continúa durante toda la acción.

Ni un instante de tregua:
Las vías de agua vencen las bombas, el incendio avanza hacia los polvorines,
Un cañonazo hace estallar una de nuestras bombas de agua;
Todos creen que nos hundimos.

El pequeño capitán conserva su serenidad,
No se apresura, su voz es la misma de siempre,
Sus ojos nos vierten más luz que las linternas de combate.

Hacia las doce de la noche, bajo los rayos de la luna, se nos rindieron.

La media noche se extiende inmensa y silenciosa.
Dos grandes cascos yacen inmóviles en las tinieblas,
Nuestra fragata se hunde lentamente, hacemos los preparativos por pasar á la que hemos conquistado,
En el extremo de la popa el capitán imparte sus órdenes fríamente, con el rostro blanco como un sudario,
Junto á él yace el cadáver de un niño de nuestra tripulación,
Y la cara muerta de un viejo lobo de mar con sus largos cabellos blancos y las guías de sus bigotes cuidadosamente rizadas.

Las llamas se asoman por todos lados,
Se oyen las voces de dos ó tres oficiales, atentos á su consigna,
Se ven montones de cadáveres y cuerpos, aislados pedazos de carne y miembros esparcidos,
Cordajes rotos, aparejos que se balancean, y el ligero entrechocar de suaves ondas

Los cañones, negros é impasibles, restos de paquetes de pólvora, un tremendo olor á carne quemada y á pólvora.
Algunas grandes estrellas que brillan en la altura silenciosas y como enlutadas,
La brisa que llega en suaves hálitos, el relente que sabe á los juncos marinos y á los prados que bordean la ribera, los supremos mensajes confiados á los sobrevivientes,
El rechinamiento de la sierra del cirujano, los dientes de acero que hieuden los tejidos vivos y los huesos:
Respiraciones silbantes, cloqueos agónicos, charcos sangui-nolentos, la sangre que fluye á chorros, gritos instantáneos y locos, largos y melancólicos gemidos:
Todo eso se ve y se oye: todo eso es un combate naval, todo lo irreparable.

Sol insolente y glorioso, no tengo necesidad de tu calor,
Suspende tu trayectoria,
Tú sólo iluminas las superficies, yo ilumino las superficies y las profundidades,

¡Tierra! parece que buscas algo entre mis manos.
Dime, vieja coqueta: ¿qué quieres de mí?

—
Detrás de esa puerta alguien agoniza.
Yo entro en su habitación, tiro los cobertores al pie del
lecho, expulso al médico y al sacerdote.

—
Cojo entre mis brazos al moribundo, lo incorporo con irre-
sistible voluntad.

¡Desesperado—le digo—, he aquí mi cuello,
Dios me es testigo de que no quiero que muráis!
¡Suspendeos de mí, con todo vuestro peso!
Os dilato con un soplo formidable,
Lleno toda la habitación de fuerzas guerreras,
Fuerzas de cuantos me aman y resisten las atracciones de
la tumba.

—
¡Dormid! ¡yo y mis amigos os velaremos hasta el alba!
No temáis, la muerte no se atreverá a rozaros con sus alas.
Os he cogido entre mis brazos, sois mío;
Cuando despertéis mañana, comprobaréis la verdad de lo
que os digo. ¡Dormid!
¡Mirad! no os ofrezco sermones ni pequeñas caridades
Me doy yo mismo cuando doy.

—
No pregunto quién sois, ni lo que hacéis ó habéis hecho,
Nada podéis hacer, nada podéis ser, exceptuando lo que yo
encierre en vosotros.

—
Doy un beso familiar en la mejilla del esclavo que laborea
en las plantaciones de algodón y en la del obrero que limpia
las letrinas.
Juro en mi alma que jamás renegaré de ellos.

—
Busco las mujeres aptas para la maternidad.
Pláceme hacerles grandes y vivaces hijos.
(Siembro en ellas la substancia de futuras y arrogantísi-
mas Repúblicas.)

He leído cuanto se ha escrito sobre el Universo,
Sé, por haberlo oído hasta saciarme, cuanto se ha dicho
desde hace millares de años,
No es muy malo para lo que es... pero ¿es eso todo?

—
Vengo para magnificar y para realizar,
No me opongo á las revelaciones especiales,
Considero que una espiral de humo, ó un vello del dorso
de mi mano es tan admirable como cualquiera revelación,
Los bomberos, enfocando las bombas ó subiendo por sus
escalas, no me parecen inferiores á los dioses guerreros de la
antigüedad,

El estercolero, las inmundicias, me resultan más prodigio-
sas que todo lo que se sueña,

El sobrenatural no lo es más que de nombre;
Yo mismo espero la hora en que seré uno de los seres su-
premos,

Día vendrá en que yo haré tanto bien como los más gran-
des, en que los igualaré en maravilla,

¡Vedme! Desde ya me convierto en un creador,
Desde ya integro el seno misterioso de la sombra.
Estos innumerables y buenos hombrecillos que trotan á
mi alrededor, metidos en sus cuellos y en sus trajes coludos
Sé muy bien quienes son (no son gusanos ni pulgas),
Reconozco en ellos á mis iguales, el más débil y vacío es
tan inmortal como yo,

Lo que hago y digo les atañe igualmente,
Cada idea que relampaguea en mí, relampaguea igual-
mente en ellos.

—
Sé perfectamente hasta dónde llega mi egolatría,
Sé lo omnívoros que son mis versos, no dejo por ello de
escribirlos;

¡Quienquiera que seáis, mi anhelo sería elevaros á mi
propio nivel!

—
Yo no he hecho mi poema con las palabras de la rutina,
Lo he hecho como una brusca interrogación, abalanzándo-
me más allá de las cuestiones, á fin de ponerlas al alcance de
todos;

He aquí un libro impreso y encuadernado; pero ¿y el ti-
pógrafo? ¿y el aprendiz de la imprenta?

He aquí fotografías admirables; pero ¿y vuestra mujer, ó vuestro amigo, oprimido entre vuestros brazos?

He aquí una negra nave, acorazada de hierro, con sus potentes cañones sobre sus torrecillas; pero ¿y el coraje del capitán y de los mecánicos?

He aquí las casas con las mesas puestas de sus comedores en la hora de la comida; pero y ¿el señor y la señora de la casa, y las miradas que irradian sus ojos?

He aquí el cielo; pero ¿y lo que hay debajo de él, en esta puerta, en la de enfrente y al extremo de la calle?

La historia está llena de santos y de sabios; mas ¿y vosotros?

Está llena de sermones, de credos, de teologías; mas ¿y el insondable cerebro humano?

Y finalmente, ¿qué es la razón? ¿qué es el amor? ¿qué es la vida?

Sacerdotes de todos los tiempos, de toda la tierra, yo no os desprecio,

Mi fe es la más vasta y tenue de la fes—es como la cauda de un cometa—, abarca todos los sistemas y las inmensidades zodiacales,

Abarca los cultos antiguos y los cultos modernos y todos los que fueron entre los antiguos y los modernos.

Creo que volveré sobre el haz de la tierra después de pasados cinco mil años.

Espero las respuestas de los oráculos, honro á los dioses, saludo al sol,

Convierto en fetiche la primera roca ó el primer tronco que encuentro á mi paso, realizo encantamientos con anillos mágicos;

Ayudo al lama ó al bramán á preparar los lampadarios de sus altares,

Me incorporo á las procesiones fálicas, ó gimnosofistas, trenzando bailes litúrgicos á lo largo de los caminos,

Vivo en la austeridad y en el éxtasis, en medio de los bosques,

Bebo el hidromiel en copas craneanas, admiro los Shastas y los Vedas, reverencio el Corán,

Me paseo en el teokallis manchado con la sangre de los sacrificios, redoblando un tambor hecho con una piel de serpiente;

Acepto los Evangelios, acepto al que fué crucificado, sé, sin duda alguna, que es divino,

Me arrodillo durante la misa, ó me levanto para acompañar en la oración de los puritanos, ó permanezco frecuentemente sentado en un banco de la Iglesia,

Deliro y espumarajeo en un acceso de demencia, ó espero como muerto á que mi espíritu despierte,

Paseo mis miradas sobre las losas y por el paisaje, ó más allá de las losas y del paisaje,

Soy uno de los que avanzan por el círculo de los círculos.

Ha llegado la hora de que me explique. ¡Levantémonos!

Dejo de lado todo lo conocido,

¡Adelante! ¡Hacia lo desconocido! ¡Os proyecto á todos, hombres y mujeres, como piedras de la honda de mi propio yo!

¿El reloj marca la hora? mas ¿qué es lo que marca la Eternidad?

Hasta ahora hemos agotado trillones de inviernos y de veranos,

Aun nos quedan trillones por agotar, y después de esos, trillones y trillones más.

Los germinales nos han traído riquezas y diversidades, Otros nacimientos nos traerán nuevas riquezas y diversidades nuevas.

Yo no llamo grande á esto ni pequeño á estotro,

Lo que llena su periodo y ocupa su lugar es igual á cualquiera otra cosa.

Soy una cumbre de cosas realizadas y soy el receptáculo de todo lo que será.

A medida que me elevo, los fantasmas se inclinan detrás de mí,

Lejos, muy lejos, en lo más profundo, percibo el enorme vacío primordial, sé que he pasado por él,

Sé que he esperado, permanente é invisible, adormecido en litúrgicas brumas,

He dado tiempo al tiempo, sin que me dañara el fétido carbono,

Infinidades de infinitudes he permanecido latente, estrechamente comprimido, esperando.

Inmensos han sido los preparativos de mi desarrollo,
Fieles y amigos han sido los brazos que me han sostenido.

Ciclos de edades han columpiado mi cuna, remando, remando siempre como gozosos bateleros;
Las estrellas se han abierto á mi paso, en sus órbitas procesionales,
Han perseverado en alumbrarme, velando las latencias de mi porvenir.

Ya existía, antes de nacer en molde humano,
Para que mi embrión se trocara en ser consciente,
La nebulosa se había cuajado en un orbe:
Los estratos geológicos se apilaron unos sobre otros,
Las generaciones de vegetales, clorofiliaron la atmósfera,
Y los saurios monstruosos lo transportaron en sus fauces,
depositándolo delicadamente!
Todas las fuerzas han actuado continuamente para mi perfección y mi encanto,
Y ahora estoy aquí, con mi alma potente.

Mi sol tiene su sol, á cuyo alrededor gira dócilmente.
Gira con sus camaradas en un círculo superior,
Y mayores sistemas giran alrededor de astros más grandes que contienen pequeñas manchas;
No hay reposo, no lo habrá jamás:
Si yo, vosotros y los mundos y cuanto existe dentro y sobre ellos quedáramos reducidos á una pálida y fletante neblina, eso no tendría importancia á la larga.
Volveríamos seguramente al estado actual,
¡Iriamos seguramente á las lejanías donde vamos, y después más lejos, siempre más lejos!

Sé que soy superior al tiempo y al espacio, sé que nunca he sido medido, que no lo seré jamás.

Soy el vagabundo de un eterno viaje (¡venid á escucharme todos!)

Me reconoceréis en mi blusa impermeable, en mis recias botas y en mi bastón, cortado en los bosques,
Ninguno de mis amigos se arrellana en mi sillón,
No tengo sillón, ni iglesia, ni filosofía,
No llevo á nadie al hotel, á la biblioteca ni á la Bolsa,
Conduzco á todos, hombres y mujeres, á la cumbre de un montículo,

Allí, enlazando con la mano izquierda el talle de mi acompañante,

Le muestro, con la diestra, paisajes, continentes, y la ruta abierta para todos.

Hoy, antes del amanecer, subí una colina y contemplé el estrellado cielo,

Y dije á mi espíritu: *Cuando hayamos abarcado todos los orbes y saboreado el placer y la ciencia de todas las cosas que contienen, ¿nos sentiremos colmados y satisfechos?*

Y mi espíritu contestó: *No, habremos alcanzado esas alturas para sobrepujarlas y continuar nuestra marcha* (1).

Oigo bien los problemas que me planteáis ahora.
En verdad os digo que no puedo contestaros; vosotros mismos debéis encontrar y daros la respuesta.

Soy el maestro de los atletas.
Aquel que, por mi enseñanza, muestra un pecho más ancho que el mío, prueba la amplitud de mi pecho,
Honra más mi estilo el que estudiándolo aprende á destruir al profesor.

Enseño á los demás á apartarse de mí, y sin embargo, ¿quién podría apartarse de mí?
En adelante, quienquiera que seáis, seguiré vuestros pasos,
Mis palabras clavarán sus agujones en vuestras orejas, hasta que las comprendáis.

(1) «El que quiere el retorno vital—dice Kierkegaard—ese es un hombre.» Y el Zaratustra de Nietzsche agrega: *Si esa ha sido la vida, vivámosla una vez más.*—(A. V.)

Ninguna sala de herméticas ventanas, ninguna escuela, como no sea al aire libre, pueden comulgar conmigo,

Más fácilmente que ellos lo consiguen los vagabundos y los niños.

—
El obrero joven es el más íntimo de mis íntimos, el que mejor me conoce,

El leñador que lleva su hacha y su cántaro también me llevará con él,

El mancebo que trabaja en los campos siente una sensación de bienestar al arrullo de mi voz,

Mis palabras zarpan con los vapores, nostálgicas de todos los mares,

Amo pasar los días con los pescadores y los lobos de mar.

—
Digo que el alma no es más que el cuerpo,

Digo que el cuerpo no es más que el alma.

Nada, ni el mismo Dios, es más grande para cada cual que su propio ser,

Digo que quienquiera que anda doscientos metros sin simpatía, marcha envuelto en un sudario á sus propios funerales,

Y yo, vosotros, sin tener un céntimo en el bolsillo podemos adquirir lo más precioso de la tierra,

Y mirar con los ojos ú observar una habichuela en su vaina, confunde la ciencia de todos los tiempos,

Digo que no existe oficio ni empleo en cuyo desempeño el que se obstina no pueda convertirse en un héroe,

Mi objeto, por vil ó endeble que parezca, que no pueda trocarse en eje de la rueda universal;

Y digo, á cualquier hombre, á cualquier mujer: «¡Que vuestra alma conserve su serenidad, el dominio de sí misma ante un millón de universos!»

—
Y digo á la humanidad: «No seáis curiosos respecto de Dios.

Yo, que tengo tantas curiosidades, no tengo ninguna acerca de El.»

(Ningún lujo verbal podría expresar mi tranquilidad en lo que atañe á Dios y á la muerte.)

—
Oigo y veo á Dios en cada objeto.

No obstante, confieso mi infinita incomprensión de Dios.

Y lo que comprendo menos todavía, es qué es lo que podría ser más prodigioso que yo mismo.

—
¿Por qué he de tener deseos de ver á Dios mejor de lo que actualmente le veo?

Veó algo de Dios en cada una de las veinticuatro horas, y también en cada minuto,

Veó á Dios en el rostro de los hombres y en el de las mujeres, y en los espejos cuando reflejan mi faz,

En las calles y en los campos, por todos lados, encuentro cartas que Dios ha dejado caer.

Cartas firmadas con su nombre y su rúbrica, que dejo donde las hallo, porque sea cual fuere el rumbo de mis pasos, sé que otras y otras llegarán puntualmente hasta mí, por los tiempos de mis tiempos.

—
Cuanto á ti, ¡oh Muerte! y tú, amargo abrazo de la cambiante materia, es inútil que tratéis de alarmarme.

—
¡Oh Vida! no ignoro que eres el residuo de incalculables muertos.

(Yo mismo, antes de nacer esta vez, seguramente ya habia muerto más de diez mil veces.)

—
¿Qué murmuráis en las lejanías? ¡Oh estrellas de los cielos! ¡Oh soles! ¡Oh hierbas de las fosas! ¡Oh perpetuas transferencias y desarrollos!

Si vosotros calláis, ¿cómo podría yo decir algo?

—
Vosotros los que me escucháis, ¿tenéis algo que decirme? Miradme á la cara en tanto aspiro la fluida caricia del anochecer.

(Habladme sinceramente, nadie nos escucha, no puedo esperar más que un minuto.)

—
¿Estoy en contradicción conmigo mismo?

De acuerdo, es verdad que me contradigo.

(Soy vasto, contengo multitudes.)

El gavián desciende como un dardo hasta rozar mis gudejas; me acusa de facundia y de pereza.

Yo soy tan montaraz como él, y tan inexplicable;
Hago repercutir mis salvajes ladridos por encima de los tejados del mundo.

Los últimos resplandores del día se ofrecen á mis ojos,
Proyectan mi imagen tras de las otras—tan verdadera
como la que más—en el desierto invadido por la sombra,
Me empujan mimosamente hacia la bruna y el crepúsculo.

Me alejo como el aire, sacudo mi cabellera blanca hacia el sol poniente.

Arrojo mi carne á los remolinos, la dejo aventarse en espumosas fibras.

Me doy al barro para renacer en las hierbas que amo,
Si en adelante queréis volverme á ver, buscadme bajo las suelas de vuestros zapatos.

Nunca sabréis lo que soy ni lo que significo.
Sin embargo, para vosotros yo seré la salud,
Purificaré y fortificaré vuestra sangre.

Si no podéis alcanzarme en seguida, no os descorazonéis;
Si no me halláis en un punto, buscadme en otro,
¡Yo estoy en algún lado, esperándoos!

Canto del hacha

I

Arma de forma bella, arma desnuda y pálida,
De cabeza extraída de las entrañas de la madre,
Cuya carne es de madera, y el hueso de metal, con tu único miembro y tu labio único.
Tu hoja gris azulosa crecida en la hornaza calentada al rojo,
tu mango nacido de una ínfima simiente que se sembró,
Reposas entre la hierba que te rodea,
Arma que se tira, y en la que uno se apoya.

Formas potentes y atributos de formas potentes, oficios, espectáculos y rumores viriles.
Larga serie variada y emblemática, jirones de música,
Dedos del organista mariposeando sobre las teclas del gran órgano

II

Bienvenidos todos los países, cada uno según su naturaleza:
Bienvenidos los países del pino y de la encina,
Bienvenidos los países del limonero y de la higuera,
Bienvenidos los países del oro,
Bienvenidos los países del trigo y del maíz, bienvenidos los de la uva.
Bienvenidos los países del azúcar y del arroz,
Bienvenidos los países del algodón, los de la papa blanca y de la batata,
Bienvenidas las montañas, las pampas, los arenales, las selvas, las praderas,
Bienvenidas las tierras fértiles, que bordean los ríos, las planicies, las brechas,